



Averno

Louise Glück
Traducción de Abraham Gragera
y Ruth Miguel Franco
Pre-Textos, Valencia, 2011
159 páginas. 17 euros

POESÍA. LOS POEMAS de este intenso libro están suspendidos al borde de la memoria y la muerte. Las voces que los sostienen viven en un territorio sin futuro ni pasado, en un mundo casi póstumo y fantasmal, en un tiempo diluido entre la vida y la muerte, dispuestos en zonas intermedias, en umbrales, allí donde "El mundo // era como un negativo sobreexpuesto: la luz pasaba / directamente a través suyo. Luego / la imagen se desvanecía". En *Averno*, el que quizás sea uno de sus mejores libros, Louise Glück (Nueva York, 1943) reelabora el mito de Perséfone para explorar la memoria, la familia, el amor, la sexualidad, la soledad, el aislamiento y el olvido, la descomposición del cuerpo y la destrucción del espíritu: "Todos los nombres... / uno tras otro va diciéndolos: / Muerte, marido, dios, extraño". Porque es en la etapa final de nuestra existencia cuando todos alcanzamos a saber que "No te has de salvar, ni se ha de salvar lo que amas". El mito es aquí un medio a través del cual conocer los ángulos más fríos y terribles de una realidad manifestada en los "aspectos de un dilema o de un conflicto", pues la historia de Perséfone "debe ser leída // como una discusión entre madre y amante", entre Hades y Deméter, donde "La hija sólo es carne". Glück intenta desnudar "el alma humana (que) está escindida, / que no se hizo para pertenecer / a la vida del todo". Por eso esa yuxtaposición de poemas entretejidos como "grandes placas (que) cambian y se mueven sin ser vistas"; que como ecos, fragmentos o fugas, forman un prisma que se repite y se recombina: "Somos, cada uno de nosotros, el primero que despierta, / el primero que se mueve y que ve allí, en la primera luz del alba / al extraño"; un remolino de voces dando testimonio de una historia de pérdidas y de supervivencia, de las heridas que provoca vivir. La poesía como alternativa comprometida y a la vez ilusoria ante el desastre, la precariedad de una vida sin placeres. Y una escritura que acoge esa realidad, es una escritura de resistencia: "quizá sencillamente no ser basta / por duro que resulte imaginarlo". **Antonio Ortega**



Memorias del segundo exilio español (1954-2010)

Victor Fuentes
Verbum, Madrid, 2011
247 páginas. 12 euros

HISTORIA. DURANTE MUCHOS años, Victor Fuentes fue el autor fantasmal de un puñado de trabajos pioneros sobre la narrativa de vanguardia, sobre Benjamin Janés y sobre la deriva más combativa de la literatura de los años treinta. Después supimos que



Imagen en el río Ganges (1997). Foto: Ferdinando Scianna / Magnum Photos

Vida y misterio

El fugitivo. Poesía reunida (1985-2010)

Jesús Aguado
Vaso Roto, Madrid, 2011
561 páginas. 38,70 euros

Por Manuel Rico

POESÍA. EN LA HISTORIA de la poesía española siempre ha habido islas, poetas que han construido su obra en un espacio al margen: Jesús Aguado (Sevilla, 1961), cuyo primer libro, *Primeros poemas del naufragio* (1984), se publica casi al tiempo en que lo hacen los primeros libros de los poetas "canonizados" de la llamada promoción de los ochenta, pertenece a esa grey de heterodoxos. Su obra, editada de manera dispersa y sustentada en una variedad de enfoques y registros que, paradójicamente, la singulariza, tiene un hilo conductor reconocible y obsesivo: abordar la zona de intersección en que vida (lo tangible) y creación (el misterio) se relacionan dialécticamente. Una zona que construye tanto a partir de la realidad de India (vivió en Benarés durante varios años), como de la ciudad occidental; tanto gravitando sobre la reflexión filosófica como sobre la meditación existencial; hecha con la mirada naif del poema de apariencia infantil o con un irracionalismo "racional" que nunca es surrealismo. En *El fugitivo*, Aguado ha reunido lo que juzga como poesía válida o, tal y como confiesa en la nota final, con la que se siente "a gusto". Por tanto, no es una obra poética completa: ha eliminado su primer libro, arribaba mencionado, ha dejado en la mitad libros de entonces (*Mi enemigo* y *Semillas para un cuerpo*), incluido en un apartado de sueltos el posterior *Piezas para*

un puzzle (1999) y corregido a fondo numerosos poemas. El libro está dividido en dos grandes apartados. El primero, más apegado al experimento, al formalismo de sus primeros años, recoge textos de la década de los noventa hasta *El fugitivo* (1998), aunque se integren restos del "naufragio" de una primera etapa en la que el propio poeta sólo en parte se reconoce. El segundo reúne la poesía más perturbadora e intensa de Aguado. Ahí está, desde el poemario que da título al volumen hasta *Verbos* (2010), pasando por *Heridas* (2004), la lírica del desdoblamiento de *Los poemas de Vikram Babu* (2000), o *Lo que dices de mí* (2002), la poesía en la que el autor intenta iluminar los puntos ciegos de la vida y del mundo, lo que él en algún momento ha definido como "fallos en el sistema represivo de la realidad". Misterio y verdad, vida y muerte, pensamiento e intuición y emoción, laboran en esa realidad nueva que es el texto poético. Son, en las formas más diversas, desde el versículo al soneto, pasando por la prosa poética, como sedimentos del lenguaje de quien huye ("escapar a las diferentes cárceles del yo"), de quien tiene como referentes cierta poesía hindú (ha antologado la poesía devocional y popular de India) y la lírica occidental más propicia a indagar en las fisuras de la realidad, en el espacio radical que escapa a las instituciones entendidas en su sentido más amplio y profundo: Rilke, Eliot, la generación beat. No es fácil encontrar a un poeta que tenga una obra abundante y a la vez tan marcada por la exigencia. En Jesús Aguado se ejemplifica la excepción. *El fugitivo* es un libro que nos ofrece, al fin, su obra poética junta. Sin duda, uno de los más importantes de entre los aparecidos en el último año. ●

ménez Caballero y hasta la complicidad adolescente con Alfonso Sastre, Medardo Fraile, Alfonso Paso o Carlos José Costas —todos los de Arte Nuevo—. El muchacho que huía de España como prófugo con quinientas pesetas "amarradas en mi bolsillo", se llevaba con él la experiencia de solidaridad rebelde con el maltratado, el vencido o derrotado de esta o de cualquiera otra guerra social o ética, quizá también porque en uno de los campos de trabajo del SUT (Servicio Universitario de Trabajo) todo sucedía como sucedía en *La terra trema* de Visconti. **Jordi Gracia**

Fresy Cool

Antonio J. Rodríguez
Mondadori, Barcelona, 2012
352 páginas. 20,90 euros (electrónico: 12,99)

NARRATIVA. ANTONIO J. RODRÍGUEZ nació en 1987. Vive actualmente en Barcelona, pero no sabemos dónde nació, en qué país y qué ciudad. Ese silencio, esa indeterminación deliberada nos anuncia la misma indeterminación genérica que dibuja su primera novela, *Fresy Cool*. Su primera novela es una forma de decirlo, porque en realidad ya publicó una, *Exhumación* (Alpha Decay, 2010), aunque en comandita con la traductora y poeta Luna Miguel. En *Exhumación* podemos rastrear los mismos mecanismos de disolución del discurso narrativo tradicional. Y la simbiosis de artes distintas, junto a la apelación a los distintos soportes de escritura y lectura que la era digital ofrece indiscriminadamente: eso que Vicente Luis Mora denomina "la narrativa de Pangea" o "escritores pangei-



cos", en *La nueva luz*. La narrativa mutante (como define Eloy Fernández Porta a la tendencia que se rebela a la diferenciación entre alta y baja cultura), en línea con los pangeicos, a la que pertenecen nombres ya consagrados en esta tendencia como Manuel Vilas, Fernández Mallo, Juan Francisco Ferré, el poeta Javier Moreno, Rodrigo Fresán, elabora un nuevo paradigma de la ficción, una refundación de la novela de ideas y un relato teórico de cómo el concepto de verosimilitud tradicional es inundado de nuevo sentido por sus márgenes más insospechados. *Fresy Cool* es el ejemplo más acabado de que hay una corriente en la narrativa española (no la americana, por ejemplo, que ya tuvieron su transgresor más demoledor en Thomas Pynchon o John Barth, incluso, en cierta manera, en ese gran novelista secundario, también norteamericano, que es J. P. Donleavy) que necesita no solo proclamar que la novela ha muerto, sino matarla para construir otra en su lugar. Antonio J. Rodríguez, a sus 24 años, ha escrito una novela que se supone que tendría que escribir alguien que lo doblara en edad. Tal es su desilusión (estoy por decir flaubertiana), y la lucidez para deconstruir no solo la estructura del *statu quo* de la narrativa (incluida el mercado que la publicita o la invisibiliza), sino también del sistema en general. La respuesta no es otra que un programático eclecticismo narrativo, una mezcla de Tarantino, Alejandra Pizamik y Google para darnos su versión de un nuevo canon de lo sublime artístico. Una suerte de nueva preceptiva horaciana (recuérdese la apelación del poeta latino a la libertad de la ficción poética) basada en el desorden de las partes y la heterogeneidad de los asuntos (amén de los existenciales, fundamentalmente del mundo de la creación, de la gestación narrativa y la función y disfunción de la recepción crítica y lectora) ventilados. Así funciona esta novela de joven escritor en ciernes, de su visceral relación con una poeta, de sus ideas exterminadoras, perdidos en un Madrid pleotórico de oquedades. **J. Ernesto Ayala-Dip**

quedó atrapado también en el mundo de Buñuel y que su biografía contenía algún malsabido elemento legendario o pelicularo. Hoy por fin conocemos la película verdadera, contada en una trilogía memorialística de la que acaba de aparecer el último volumen, el más severamente comprometido en la evocación explícita de sus orígenes y de algunos de sus derroteros. Sin renunciar a ser el que ha sido —un exiliado de 1954 "en la vertiente de Ovidio"—este volumen y las dos entregas anteriores, más novelescas, *Morir en Isla Vista* y *Bio-Grafía Americana*, trazan una perspectiva sobre el exilio infrecuente todavía, equilibrada en la evaluación de costes y beneficios, tan dañada por el peso del dolor como libre en el relato de la experiencia sentimental y humana. El narrador de hoy es el resultado de una huida a un campo de trabajo austriaco en 1954, con veinte años, y una itinerancia sucesiva por Gran Bretaña, una ajetreada experiencia

venezolana o la instalación incierta y humilde durante diez años, hasta 1965, en un Nueva York no siempre hospitalario. Hoy escriba desde Santa Bárbara, en California, el relato descoyuntado que no finge una armonía ascendente del héroe ni cumple etapas programadas paso a paso: acepta el azar como ingrediente decisivo de su biografía —para empezar, la mera posibilidad de empezar en Estados Unidos una carrera académica sin que casi nada hiciese imaginarla—, pero también el capricho de una crónica que se detiene en episodios menores pero intensos, en biografías modestas y dolorosas de personajes como los que poblaban la librería instalada en el sótano del edificio de la Unesco. Sin embargo, las páginas más intensas y también más imprevistas reconstituyen con agudeza piadosa una posguerra doméstica y apagada, las costumbres de una pobreza disimulada, la calidad de un profesor fascista que se llamaba Ernesto Gi-